



BEATRIZ KIRSAN

**LA SENDA  
DEL  
INOCENTE**



---

---

*«La escritura siempre fue la herramienta  
para adentrarse en el alma».*

---

---

---

---

## Uno

Solo conocía que, hacía años, encontraron a mi abuelo desangrado en un sucio callejón. Por la reapertura del expediente, acompañado por el que correspondía al inconcluso caso de la desaparición de mi madre, me habían citado en el despacho número uno de la comisaría de distrito. Ocultando la inquietud que me envolvía, aquella tarde otoñal esperaba con interés las palabras del inspector asignado a las investigaciones, quien revisaba el papeleo que reposaba sobre el escritorio muy concentrado. A mi vera se sentaba Bernardo, el convocante de la reunión. Divisando la tarima que cubría el suelo del despacho, recordé que, gracias a la intervención del tío de mi amigo, un alto cargo policial, se habían iniciado las pesquisas. La ayuda había procedido del comisario de distrito: familiar de Bernardo que había removido Roma con Santiago para que, en el momento en que dejase mi rúbrica impresa en un documento público, comenzasen las averiguaciones.

---

—¿Os molesta que fume? —preguntó el inspector Anselmo Gómez.

—En absoluto —respondí.

—A mí tampoco me importa —añadió Bernardo.

Mientras el inspector obtenía el paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta, eché un vistazo a cuanto reposaba sobre la mesa. Advertí que los expedientes, el cenicero metálico, la grabadora y la funda de un pequeño revólver componían una imagen típicamente policíaca. El inspector prendió un cigarrillo y me preguntó qué tipo de rentas nos mantenían a mi padre y a mí. Le respondí que, además de la pensión por incapacidad que Beltrán recibía, se nos transfería el importe de los alquileres de tres viviendas situadas en el centro de la ciudad.

—Son propiedades de Beltrán, inspector. Reviso los ingresos a primeros de mes.

—¿No debería llevar estos asuntos un administrador?

Al explicarle que mi padre había confiado la gestión de la economía familiar a Alberto Sanabria, compañero de estudios y persona de su confianza, me sentí aliviada. Sin embargo, cuando solicitó que le facilitase el nombre y apellidos del médico y las auxiliares que atendían a Beltrán, quedé sin aliento. No pude evitar sonrojarme al confesarle que desconocía tanto las credenciales de Sara y Verónica, las cuidadoras, como las de don Evaristo, el terapeuta.

—¿Las ves a menudo?

—No, porque entran y salen de la villa desde la alcoba de Beltrán. Es que la estancia tiene acceso directo

---

al porche, aunque yo utilizo la entrada de la cocina para no perturbar su descanso.

—¿Qué enfermedad padece tu padre?

Le confesé que sufría episodios de pérdida de memoria junto con pesarasas migrañas, pero omití que, de cuando en cuando, los ruidos que resonaban en su cabeza le mortificaban hasta extremos insospechados. En aquel instante le recordé inclinado sobre sí, con las manos colocadas sobre los oídos. Mientras, le abrazaba.

—¡No lo voy a poder soportar! —exclamó, desesperado.

—Lo vas a hacer. Estoy contigo, padre.

—¡Que me pinchen ya! —ordenó a la cuidadora.

A lo lejos, la voz de inspector me invitó a regresar al momento presente.

—¿Estás ahí, Bruna Berdel? —preguntó.

Encubriendo la emoción que me asaltaba, tomé un clínex del bolsillo de la gabardina y comencé a sonarme.

—Claro que sí. Usted dirá, don Anselmo.

—Pensaba que ibas a continuar hablándome de tu padre.

—Está en tratamiento, bajo el seguimiento de don Evaristo —declaré, notando un grueso nudo en la garganta.

Un ingrato silencio envolvió la sala hasta que Bernardo explicó al inspector que mi padre había trabajado como ingeniero de vuelo.

—Cuando dejó de volar, comenzó a dar clases de mecánica en la Universidad Politécnica de Madrid, poco antes de que Bruna naciese —añadió.

---

—Los ingenieros de vuelo realizan los chequeos pertinentes para que el trayecto discurra eficientemente. Tu padre debe ser un gran hombre, Bruna, pero ¿has traído alguna foto de tu madre? —preguntó el inspector.

—En casa no tenemos fotos de Camelia. Beltrán lo dictó así —respondí.

—Perfecto —dijo, anotando algo en su cuadernillo—. ¿Podrías hablarme de Alberto Sanabria?

La pregunta me invitó a rememorar la última ocasión en que conversamos en el cuarto de estar de la villa. Sentados alrededor de una confortable mesa camilla, aquella tarde revisábamos los pagos que los inquilinos habían transferido a la cuenta.

—La casa está helada —consideró Alberto, fro-tándose las manos con vigor.

La apreciación me invitó a aclararle que el presupuesto familiar no alcanzaba para emprender los arreglos que urgían a la villa.

—Ya sabes que tanto el médico como las cuidadoras que tratan a Beltrán se llevan casi todo el importe de las rentas.

A lo lejos, la voz de Anselmo Gómez volvió a estamparme contra la realidad.

—¿Qué te está rondando la cabeza? —preguntó, sacándome del trance.

—Pensaba que Alberto Sanabria visita la villa con frecuencia. Y recordaba que, más de una vez, me pidió que fuese a vivir a su piso para que no estuviese tan sola.

—¿Lo harás?



---

—Nunca me he planteado abandonar Villa Aurora porque mi padre se encuentra allí recuperándose. La casa siempre será mi hogar y viviré allí, junto a Beltrán, aunque tenga que alimentarme a base de pan.

—Diría que la consideración no se ajusta muy bien a tu realidad.

—Pero Alberto, finalmente, se marchó a vivir a una plataforma petrolífera.

—¿Por motivos de trabajo?

—Exactamente, inspector.

—En cualquier caso, os invitaré muy gustoso a un chocolate con churros. ¿Nos vamos, chicos?

—Mi abuela me espera en casa. Yo no podré —respondió Bernardo de mala gana.

---

---

---

## Dos

A pesar de la exultante algarabía que discurría a través de la cristalera, Anselmo Gómez y yo empujamos las puertas que daban paso a una renombrada cafetería madrileña. El local, bordeado por interminables estanterías que exhibían gran variedad de licores, no dejaba de susurrar risas y brindis. Habiendo sorteado el gentío que concurría mesas repletas de bebidas y canapés, tomamos asiento al final de la sala. Una vez acomodados, el inspector obtuvo un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta y me explicó que, como faltaban unos meses para que se instalase la prohibición de fumar en todos los locales públicos, aprovechaba.

—Estamos a punto de inaugurar un nuevo siglo, Bruna. Como nadie conoce qué deparará el futuro, diría que es mejor vivir el momento. ¿No te parece? —preguntó, encendiendo el pitillo.

—Estoy muy de acuerdo con usted.

—Me dijo Bernardo que acabas de cumplir los dieciséis.

---

—Fue poco antes de firmar las solicitudes de reapertura de los casos, aunque, sinceramente, no celebro casi nada. La salud de mi padre y el colegio me tienen absorbida, inspector.

—¿Cuándo comenzó tu padre a perder la memoria?

—Hace un par de años. Recuerdo que, por aquel entonces, comenzó a frecuentar médicos de alguna que otra especialidad.

—¿Cuáles?

—Otorrinolaringología y psiquiatría.

—¿Te podrías explicar?

—Poco después de tramitar la baja, Beltrán comenzó a escuchar ruidos en la cabeza. Una lluviosa tarde le escuché quejarse desde su habitación. Al asomarme a la alcoba, le contemplé hecho un ovillo.

—¿Hablaste con él de lo que le ocurría?

—Sí. Aquella tarde me dijo que solía escuchar sonidos dentro de sí, y a la mañana siguiente fuimos al especialista. No tardé en conocer que sufría de migrañas y ruidos que, en el momento más inesperado, le torturaban hasta extremos insospechados, pero Beltrán está mejor, aunque continúa esperando el tratamiento que le ayude a recuperarse del todo.

—Me alegro, Bruna.

—Según su terapeuta, las molestias se deben a la inflamación de los tejidos del oído interno. Y a recuerdos que aún no han visto la luz...

—Diría que su trabajo como ingeniero de vuelo también tiene que ver con la sintomatología. ¿No crees, Bruna?

---

—Don Evaristo dice que la pérdida casual de memoria se debería a emociones que, en algún momento de su vida, no pudo asimilar.

—Creo que la desaparición de tu madre junto con el estrés que llevó en su trabajo pudieron haberle perjudicado, pero también sería fundamental tener en cuenta el asesinato de tu abuelo, quien murió desangrado por el profundo navajazo que le asestaron en el cuello.

—¡Qué galimatías, don Anselmo!

Repentinamente, la atención que el inspector me deparaba se esfumó.

—¡Ahí viene mi sobrina! —anunció, señalando a una joven camarera que acudía a nuestro encuentro obviando las solicitudes que el público le reclamaba.

—¿Serán dos chocolates a la taza, tío Anselmo? —preguntó, obteniendo una libreta y un bolígrafo del bolsillo.

El inspector asintió sin dejar de sonreír. Acto seguido, su sobrina regresó a la cocina, precipitada.

—Por cierto, Bruna, tendría que decirte que no me han hablado muy bien de tu abuelo Daniel. Los ancianos que viven detrás de Villa Aurora me dijeron que, hace años, solían escuchar fuertes trifulcas entre tu padre y tu abuelo.

—No tenía la menor idea, inspector.

—Pero llámame Anselmo, por favor. Por cierto, ¿sabías que hemos estudiado la lámina que nos facilitó Bernardo?

—¿Qué lámina?

---

—La que aparece en vuestro libro de arte, en la página ciento nueve. Se titula *Miosotis*.

—¿*Miosotis*?

—El título hace referencia a una planta que muestra florecillas con pétalos azules. Bernardo me dijo que la mujer que aparece en el lienzo, manteniendo el ejemplar entre sus manos, es idéntica a ti. Diría que la protagonista del cuadro y tú podríais ser familiares. Además, bajo el título de la obra aparece un nombre que daría sentido a las especulaciones.

—¿Qué nombre?

—Camelia. Si confirmamos que la protagonista del cuadro es tu madre, verificaremos que la artista que pintó la obra fue tu abuela materna: Montserrat Claré. En una de sus espléndidas instantáneas se fotografió, y podría decir que guarda un enorme parecido con la mujer del cuadro y contigo.

—No lo puedo creer, inspector.

—Supongo que eres la nieta de una famosa pintora, desgraciadamente, ya fallecida. ¿Sabes si tu padre tiene algún diario?

—Sé que le gustaba escribir.

—Pues ponte manos a la obra y busca. Seguro que Villa Aurora alberga muchas de sus impresiones recogidas en páginas.

Mientras el inspector se explicaba, recordé que, hacía unos días, había subido al ático y me topé con un tablón mal encajado. Lo desplacé y no encontré nada, pero seguí buscando el pasado de la familia Berdel hasta que,

---

cansada de no encontrar testimonio alguno, regresé a mi habitación.

En el momento en que la sobrina de don Anselmo nos sirvió dos tazas de chocolate a la taza, abandoné las reflexiones.

—¿Qué pasa por tu cabeza, Bruna?

—Pensaba que nunca hubiera imaginado que, poco antes de cumplir los cuarenta y cinco, mi padre viviría en su alcoba acompañado por dos cuidadoras: una para el día y otra para la noche —respondí, divisando el humeante tazón que reposaba frente a mí.

—¿Qué sabes de tus abuelos paternos?

—Hace años, Beltrán me confesó que sus padres fueron bastante estrictos con él. Sinceramente, nunca tuve ni buena ni mala opinión de ellos.

—¿Conoces la identidad de tu abuelo materno?

Me encogí de hombros, tanteé la temperatura de la taza y pensé que, sin la intervención de Bernardo, me encontraría estudiando en el cuarto de estar de la villa.

—¿Sabías que la miosotis es conocida como «la flor del amante eterno»?

—No tenía la menor idea, inspector.

—Pero también suele ser mencionada como no-meolvides. ¿Y si Montserrat Claré creó la obra para ayudar a tu padre? Quizás pintó un cuadro terapéutico. Lo curioso del caso es que Beltrán escribió un bonito relato también titulado *Miosotis*. El colegio donde estudió me facilitó la narración.

—Me parece increíble, don Anselmo —consideré, boquiabierta.

---

—La verdad es que siempre me han embelesado este tipo de misterios familiares y me siento afortunado de poder ayudarte. ¿Es que no vas a probar el chocolate?

Acaté la invitación, aunque no imaginé que el detective ingeriría la bebida casi de un tirón. Ni que yo también obraría de semejante modo.

Después de que don Anselmo pagase la cuenta, abandonamos el local. La tarde invitaba al paseo. Sin embargo, las calles se encontraban vacías.

—Mañana, a eso de las siete de la tarde, el inspector Bonifacio García te esperará en mi despacho. Él conoce los detalles de la obra de Montserrat Claré y es un gran entendido en arte. ¿Irás?

—Claro que sí, inspector.

—¿Te llevo a alguna parte? —preguntó, deteniéndose frente a su vehículo.

—No, gracias. Vivo a unas manzanas.

De camino a casa me pareció sorprendente que mi posible abuela materna hubiese sido pintora. «¿Dónde me he metido?» pensé, advirtiendo el sigilo con que mi sombra se deslizaba sobre la acera. Al doblar la esquina, una inquietante penumbra me envolvió. Sin saber por qué me figuré inmersa en un caleidoscopio que mostraba borrosas imágenes de un desconocido y lejano pasado.

En el momento en que abrí la verja, elevé la mirada y divisé la habitación de Beltrán encendida. Como una tarde más, subí los escalones de piedra que daban paso a la cocina, precipitadamente. Una vez en la vivienda, corrí a lo largo del pasillo deseosa de encontrarme



---

con mi padre, a sabiendas de que disfrutaba de treinta minutos de soledad hasta que Verónica, la cuidadora nocturna, hiciese acto de presencia. Antes de adentrarme en la estancia, me asomé y le sorprendí inmerso en un profundo sueño, pero no tardé en suponer que padecía una pesadilla. Al sentarme a los pies de la cama, Beltrán comenzó a susurrar palabras ininteligibles mientras el sudor merodeaba su frente. Supuse que soñaba con algún suceso perdido en la memoria y recordé que don Evaristo, su médico, me había recomendado que no interfiriese en el descanso de mi padre cuando estuviese sedado.

No sin esfuerzo, detuve el impulso que me empujaba a sacarle de una terrible pesadilla y continué observándole. Al cabo de unos minutos, se hizo un ovillo y esbozó dos palabras que parecieron surgir de lo más profundo de su ser:

—¡No, padre! —gritó.

Repentinamente, cambió de postura y recuperó un descanso reparador.

De camino a la alcoba, atravesé uno de los ventanales del corredor atisbando la bruma que recorría las calles de la colonia. Aunque la visibilidad era casi nula, logré vislumbrar el contorno de una silueta detenida frente a la villa. Con los brazos cruzados, se mantenía impasible. Intenté distinguir aquella mirada, pero la gruesa capucha que protegía su rostro me lo impidió. Durante unos instantes albergué la posibilidad de que, bajo el chándal que portaba, se encontrase uno de mis vecinos. Contudente, negué la cuestión y volví a

---

observar al extraño. Advertí que continuaba prestándome demasiada atención, aunque no tardó en abandonar el lugar.

Al rato el teléfono sonó. Me encaminé al cuarto de estar y tomé el auricular. Sorprendida, solo pude escuchar el murmullo de una entrecortada respiración. Reiteradas veces pregunté quién se encontraba al otro lado, pero no obtuve respuesta. Cansada de escuchar un inquietante silencio, dejé el auricular sobre la mesilla y me encaminé al ventanal. Tal y como había presumido, volví a divisar al hombre del chándal abandonando la cabina telefónica que remataba uno de los esquinzos de la calle.

Tras colgar, el teléfono volvió a sonar. Tensa, lo tomé y escuché la voz de Bernardo preguntándome cómo había transcurrido la reunión que había mantenido con don Anselmo en la cafetería.

—Bien, pero mañana veré a otro inspector asignado al caso. Se llama Bonifacio García.

—¡Que haya suerte! —exclamó antes de colgar.

Al abrir la puerta de la alcoba eché un vistazo al escritorio y contemplé una pila de libros reposando sobre la mesa. Observé que uno de los ejemplares, de lomo azul turquesa, sobresalía. *Historia del arte*, anunciaba, solicitando que lo tomase. Sin quitarle la vista de encima, pensé que allí se encontraba *Miosotis*, el cuadro del que me había hablado don Anselmo. «No estoy preparada», me dije, tendiéndome sobre el confortable edredón de plumas que cubría la cama. Agotada,